

PRESENCIA VASCA EN LA MEDICINA URUGUAYA DEL SIGLO XIX

ÁNGEL GOIKOETXEA MARKAIDA
Universidad del País Vasco

Creo que la república del Uruguay es uno de los mejores modelos para estudiar y valorar el significado de la aportación vasca al desarrollo de algunos países americanos durante el siglo XIX. Si bien una gran mayoría de los emigrados al Uruguay eran jóvenes pertenecientes al medio rural, un examen más detenido sobre su origen nos revela la presencia de personas pertenecientes a otros grupos sociales, ajenos a ese medio, que van a significar un factor dinamizador de la cultura y la ciencia en esa república.

En este trabajo tratamos de exponer y presentar la contribución de un grupo de médicos de origen vasco -alguno de ellos nace en Uruguay- en la implantación y consolidación de la medicina uruguaya, tanto en sus aspectos docente como asistencial, en un momento clave de la historia de ese país, como lo son los años que siguen a su nacimiento como país independiente, es decir la primera mitad del siglo XIX.

PRIMERA ÉPOCA

Ya en los tiempos de la colonia, un socio de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, D. Joaquín del Pino, gobernador de Montevideo, informaba, en octubre de 1783, a Don Francisco de Paula Sanz, intendente del ejército en Buenos Aires, de la existencia en los alrededores de Montevideo, de varias plantas empleadas en la medicina de la época, entre ellas la calaguala (*Polypodium callahuala*) y la hierba llamada cabello de ángel (*Cuscuta corymbosa*). Del Pino, años antes, había vivido en San Sebastián, durante su estancia en Guipúzcoa como ingeniero militar, casándose con una donostiarra en 1763¹.

¹ LÓPEZDÍAZA, M. T. y DOMÍNGUEZ CAMACHO, A.: Catálogo de documentos históricos farmacéuticos del Archivo General de Indias. Sevilla, 1983, pag. 123.

Posteriormente, en 1787, este miembro de la Bascongada envió muestras de cabello de ángel a Don José Gálvez, secretario de Estado de Indias.

Algunas especies de cuscutas, entre ellas la *Cúscutaa corymbosa*, se emplearon en las enfermedades hepáticas, tomada en infusión, y pulverizada la planta, en el tratamiento de heridas y úlceras. La calagualla, en cambio, se utilizó como sudorífica, contra la sífilis, y en procesos de carácter reumático.

Mucho debe Montevideo a la actividad y dinamismo del virrey Don Juan José Vértiz y del gobernador Don Joaquín del Pino, durante su estancia, como funcionarios de la Corona, en los territorios del Río de la Plata. Ambos, ilustres miembros de la Bascongada -Vértiz aparece en las listas de socios en 1774, en calidad de comisionado de la misma en Buenos Aires, y del Pino figura como socio benemérito, residente en Montevideo desde 1778- prestaron todo su apoyo al Dr. Miguel Gorman y su proyectada Academia de Medicina de Montevideo, que no llegó a realizarse.

Más suerte tuvo la creación del Hospital de Caridad, levantado en terrenos adquiridos a Doña Francisca de Alzaibar, próximos a la batería de San José, en lo que entonces era la periferia de la capital. La construcción del mismo fue autorizada el 9 de noviembre de 1781 por Don Joaquín del Pino. En su calidad de ingeniero, el gobernador trazó los planos del futuro hospital, aunque luego sufriera modificaciones diversas. Fue éste el primer hospital civil que tuvo Montevideo, cuya realización se debe al tesón de Mateo Vidal².

Hoy conocemos algunos aspectos del mismo gracias a la mano del dibujante Juan Manuel Besnes Irigoyen, nacido en San Sebastián y emigrado al Uruguay en 1809. Durante su dilatada vida, Besnés desempeñó puestos en la administración pública uruguaya y fue miembro de la Hermandad de Caridad que gestionaba el Hospital. Este interesante personaje guipuzcoano de ideología masónica, realizó numerosos dibujos y acuarelas en los que plasmó diferentes aspectos del desarrollo urbano y social del Uruguay.

A pesar de la precaria situación en la que se encontraban los territorios del río de la Plata a finales del siglo XVIII, en cuanto a instituciones docentes, algunos funcionarios de la administración y miembros de las familias más representativas de la colonia, se interesan, si bien de forma esporádica, por temas relacionados con las ciencias naturales. Con motivo de la llegada a Montevideo de la expedición del navegante Malaspina, el 20 de octubre de 1789, Doña Tomasa Josefa de Altolaqui

² SCHIFFAFFINO, R.: Historia de la Medicina en el Uruguay. Montevideo, 1937, tomo 11, pág. 457 y s.s.

rre -casada en 1787 con Don Martín de Sarratea, vicerrecaudador de la Bascongada en Buenos Aires, perteneciente a una de las familias más influyentes del virreinato del Río de la Plata- cedió a Don Antonio Pineda, naturalista de dicha expedición, una colección de mariposas disecadas que fueron, luego, descritas y estudiadas por el citado naturalista³.

Sin embargo, la figura más destacada de las ciencias -con alguna incursión en el terreno de la medicina práctica- del primer tercio del siglo XIX uruguayo es, sin duda alguna, el sacerdote Dámaso Larrañaga, nacido en Montevideo el 10 de diciembre de 1771, hijo del vasco Manuel de Larrañaga que llegó a figurar entre los miembros del Cabildo de Montevideo. El padre Larrañaga intervino en la luchas de la Emancipación y cronológicamente representa la primera figura científica del Uruguay, por sus notables trabajos botánicos, paleontológicos y geológicos.

Naturalista autodidacta, mantuvo correspondencia epistolar con Bonpland, Saint Hillaire, Sellow y Cuvier, entre otros. Al igual que lo hicieron algunos ilustrados en el País Vasco, a finales del siglo XVIII, Larrañaga se interesó, también, por el grave problema de la viruela y la práctica de la variolización y vacunación para prevenir esta enfermedad, llegando a administrar la vacuna personalmente, al ser introducida ésta en el país, poniendo de manifiesto su vocación por la medicina, profesión que pensó estudiar en su juventud, antes de iniciar la carrera eclesiástica.

El mérito de los trabajos botánicos de Larrañaga se acrecienta si tenemos en cuenta las dificultades que hubo de vencer. En una de sus cartas, en 1804, habla del comienzo de sus estudios botánicos: "Me he visto obligado a clasificarlas por mí mismo, guardando en cuanto he podido las frases y sistema de Linneo. Son muy pocos los meses que tengo de esta encantadora ciencia; no he conocido ni comunicado hasta ahora con ningún botánico; no hay acá herbarios, no hay jardines, y lo que es más doloroso, son muy raros y caros los libros"⁴. Larrañaga pedía a su correspondiente en Barcelona, semillas de plantas medicinales y otras de aplicación industrial en la incipiente industria uruguayo, dependiente de los productos agropecuarios: "Espero que no echará en olvido mis encargos de semillas de salvia, sen y algunas otras oficinales como el tomillo, hisopo, ruibarbo, carquexa, bayas de enebro y unas semillas de zumaque de curtimbres; por ser tan necesarias estas dos últimas para esta Provincia para los salazones de carnes y curtumbre de suelas, que

³ CALATAYUD ARINERO, M. A.: Catálogo de las expediciones y viajes científicos españoles (siglos XVIII y XIX). Madrid, 1984, pág. 278.

⁴ LARRAÑAGA, D.: Obras Completas. Montevideo, 1922, tomo 111, pág. 252.

yo en correspondencia mandaré las de nuestro Molle y otros árboles con que curtimos por acá"⁵, dice en una de sus cartas.

Larrañaga no olvidó tampoco aquellos problemas sociales relacionados con el estado sanitario de la población. En 1818, preocupado por la situación de la población infantil, crea la Casa Cuna, donde eran recogidos y tratados los niños abandonados de Montevideo. Como complemento a esta labor, tres años más tarde, en 1821, funda la Sociedad Lancasteriana de Enseñanza, basada en los métodos docentes de José Lancaster.

La obra de Larrañaga tiene en muchos aspectos un carácter multidisciplinar, propio de un hombre nacido en el siglo de la Ilustración, pues al lado de las actividades aquí descritas, como entusiasta promotor de las ciencias, fundó, en 1816, la Biblioteca Pública, y participó de forma decisiva en la creación del Museo Público, primer esbozo de lo que años más tarde sería el Museo Nacional, así como las primeras cátedras de enseñanza superior que tuvo Montevideo.

MÉDICOS Y CIRUJANOS

El sistema educativo en Uruguay, a mediados del siglo XIX, era atrasado y deficiente para las necesidades de una sociedad en desarrollo. La Universidad de Montevideo se había fundado el 14 de Julio de 1849, en medio de los rigores de la Guerra Grande (1843-1851) que enfrentó a blancos y colorados. Su actividad se limitaba en esa fecha a la Facultad de Jurisprudencia, que comprendía las cátedras de Derecho Canónico, Derecho Civil y Derecho Natural. La Facultad de Medicina, aunque prevista en el plan de estudios del 2 de Octubre de 1849, no había llegado a crearse, y cualquiera que desease ejercer rama alguna de la medicina en todo el territorio de la República, estaba obligado a someterse a un examen ante la Junta de Higiene Pública, creada en 1829, y regulada por un decreto del 16 de Septiembre de 1830.

De esta forma se incorporaron a la actividad profesional algunos médicos uruguayos graduados en el extranjero. Miembros de dicha Junta fueron, en distintas épocas, los doctores Cayetano Garviso, Ramón Casiano Ellauri y Pedro de Otamendi, entre otros.

Cayetano Garviso es uno de los muchos emigrados vascos que llegaron al Uruguay al final de la primera guerra carlista. Según se deduce de una nota publicada en el periódico *El Universal* de Montevideo, Garviso se encontraba en la capital uruguaya desde principios del año 1837. Sabemos que pertenecía a una familia navarra de cirujanos -su padre y su

⁵ *Ibidem*, pág. 256.

hermano lo eran, al igual que él- como lo ha recogido el Prof. Mañé Garzón⁶.

Después de cursar estudios en el Real Colegio de Cirujía de Pamplona, primero, y más tarde en el de Barcelona, Garviso adquirió una notable formación y práctica, acompañando a su padre en el ejercicio de la profesión durante la campaña carlista, en diferentes hospitales militares. Sin embargo, es en la facultad de medicina de Buenos Aires donde obtiene el título de médico en 1842, cinco años después de su llegada a Montevideo, con un trabajo titulado "Sobre la irritación, inflamación y fiebre. Tesis que presenta a la Universidad de Buenos Aires", que lleva el número cincuenta y consta de 31 páginas.

Durante estos cinco años que preceden a la obtención del título de médico, Garviso desplegó una notable actividad como cirujano, trabajando algunas veces, en colaboración con el más prestigioso médico de Montevideo, el Dr. Vilardebó, el primer médico propiamente uruguayo.

Un ejemplo de ello es que de los seis trabajos que llegó a publicar Cayetano Garviso sobre temas relacionados con sus intervenciones quirúrgicas, cinco los publicó entre los años 1838 y 1842, hasta el punto que hoy constituyen "las primeras contribuciones médicas originales" a la bibliografía médica uruguaya, dándonos la justa medida de su capacidad como cirujano⁷.

Uno de sus trabajos, *Memoria de una metrotomía o resección de cuello uterino* (Montevideo 1840) está dedicado a dos de sus profesores en el Real Colegio de Cirujía de Barcelona, los cirujanos Ramón Frau y Franciso Juanich. Refiriéndose a la cirugía uruguaya en la primera mitad del siglo XIX, el Prof. Mañé Garzón ha escrito: "Los trabajos quirúrgicos de Garviso nos ponen de manifiesto el nivel alcanzado por la medicina nacional en esos años. En los tres se ve un espíritu muy diferente al que reinaba años atrás, donde las disputas entre los médicos se basaban en ataques sorpresivos, basados en argumentos subjetivos y en gratuitas afirmaciones"⁸.

⁶ MAÑÉ GARZÓN, F.: Vilardebó (1803-1857). Primer médico uruguayo. Montevideo, 1989, pág. 287.

⁷ *Ibidem*, pág.288.

⁸ *Ibidem*, pág.295. El profesor Mañé Garzón, en su primera biografía médica nacional (1831-1853), tiene recogidos cinco trabajos del cirujano Cayetano Garviso, que cronológicamente son Relación exacta de la enfermedad que la finada doña Eusebia Cabral padecía; con exposición de los síntomas que la acompañan, tratamiento que cumplió, conclusiones de las dos juntas médicas que se hicieron en el transcurso de la enfermedad. Montevideo, 1838. Memoria de un aneurisma y ligadura de la arteria ilíaca primitiva. Montevideo, 1838. Disertación o memoria de una gastroperi-histero-quistomía. Montevideo, 1839. Reimpreso en Buenos Aires, 1843. Memoria de una metrotomía o resección del cuello uterino canceroso. Montevideo, 1840. Sucinta historia de un aneurisma y ligadura de la arteria ilíaca primitiva practicada y curada. Montevideo, 1843.

Años más tarde fue nombrado miembro de la Junta de Higiene Pública, estando en esta institución desde 1868 hasta 1871. Garviso tomó, también, parte en algunos hechos históricos de la vida política uruguaya, llegando a actuar como cirujano en la Guerra Grande, en las filas del ejército del liberal Rivera.

En esta guerra participaron numerosos vascos. Muchos de ellos procedían de la I Guerra Carlista, y al terminar ésta, emigraron al Uruguay, como sucede con los oficiales Jerónimo Amilibia, Lesmes de Bastarrica, Francisco Astiazarán, Francisco Javier Gurruchaga y José Machín. Al inicio de la contienda, el santurzano Ramón de Arteagaveitia fue encargado por el general Manuel Oribe, de agrupar a sus paisanos en un batallón conocido por los "Voluntarios de Oribe".

Acompañando al grupo de militares vascos encontramos al Dr. José María de Azarola y al cirujano Martín de Aróstegui, que participaron en la Guerra Grande en calidad de cirujanos del batallón formado por Arteagaveitia.

José María de Azarola nació en Ormaiztegui en 1813, y después de estudiar medicina en Madrid, se embarcó para América en 1843, en la corbeta Mazarredo. Azarola trató de una afección gástrica al general Oribe, durante el sitio de Montevideo, lo cual contribuyó a darle un cierto nombre en la capital uruguaya. Más adelante tuvo amistad con el general Justo José Urquiza, presidente de la Confederación Argentina, y con el dictador paraguayo Francisco Solano López.

No todos los vascos participaron en esta contienda en el lado blanco o conservador. Al crearse la Legión Francesa, su organizador, el coronel Thiebaut, pidió al bajonavarro Juan Bautista Brié la creación de una compañía de Cazadores Vascos, pues consideraba a Brié el único vasco capaz de agrupar a los vasco-franceses existentes en Montevideo. La Legión Francesa que actuó en la Guerra Grande, llegó a contar con más de dos mil soldados, la mitad de los cuales eran vasco-franceses.

Brié había nacido en San Juan de Pie de Puerto, capital de la Baja Navarra, en 1797, y siguió estudios de medicina en Montpellier, avicinándose, más tarde, en Montevideo. En la lista de médicos en ejercicio, publicada en 1839 en la capital uruguaya, aparece Juan Bautista Brié como doctor en medicina. Después de la Guerra Grande se retiró a vivir a Peñarol, dedicándose a practicar la medicina entre las clases más modestas del lugar. El doctor Brié, fiel a sus ideales, permaneció adicto al partido colorado y murió en 1858, en uno de los episodios revolucionarios que caracterizan a ese periodo histórico del Uruguay⁹.

⁹ FERNÁNDEZ SALDAÑA, J. M.: Diccionario uruguayo de biografías (1810-1840). Montevideo, 1945, pág. 235-236.

Otros médicos de origen vasco que participaron en la Guerra Grande son el cirujano Vicente Arriaga que trabajó en el Hospital de Caridad, y el doctor José Francisco Larrarte, en el Cerrito, con los sitiadores del general Oribe.

Fuera de Montevideo, en otras ciudades de la república, aparecen también algunos médicos vascos ejerciendo la medicina, como es el caso del Dr. Mateo Durañona y del Arca, nacido en Buenos Aires el 21 de Setiembre de 1821. Durañona estudió la carrera en París, y después de casarse en Mercedes (Uruguay), en 1853, ejerció la medicina en esta hermosa ciudad uruguaya, donde poseía algunas tierras. En 1859 el Dr. Durañona y el farmacéutico navarro Zubeldia intentaron ayudar al bardo Iparraguirre, cuando éste buscaba trabajo como pastor de ovejas en Uruguay. Según ha escrito Fernández Saldaña, Iparraguirre trabajó algunos años como socio del Dr. Durañona en un campo que éste poseía en Las Maulas, término de Mercedes.

La figura de Mateo Durañona aparece en la biografía de Iparraguirre, durante su etapa uruguaya, ejerciendo un aura protectora sobre el temperamento romántico e imprevisible de su paisano Iparraguirre, al que admiraba. Parece que el Dr. Durañona fue un hombre de sentimientos nobles, que falleció en Buenos Aires, en 1894, después de muchos años de ejercicio de la medicina en Mercedes ¹⁰.

Ramón Casiano Ellauri es el segundo médico uruguayo -el primero es el Dr. Teodoro Vilardebó- hijo del capitán vizcaíno Juan Andrés Ellauri. Nació en Montevideo el 13 de Agosto de 1804, y estudió en la facultad de medicina de Buenos Aires, graduándose de médico cirujano con dos tesis: Disertación sobre la pleuresía aguda (1832) e Hidrocele de la túnica vaginal (1832). Durante algún tiempo fue discípulo de Garviso, actuando como ayudante suyo en las intervenciones quirúrgicas que llevó a cabo este cirujano navarro. En Junio de 1839 se aprueba el reglamento de Sanidad y se nombra una nueva Junta de Higiene Pública, presidida por el Dr. Vilardebó, a la que se incorpora como miembro Ellauri.

Pedro de Otamendi es, igualmente, otro médico de origen vasco, nacido y formado en Buenos Aires, pero que desarrolló toda su actividad en Montevideo. En Enero de 1834 entró a formar parte de la Junta de Higiene Pública y en Septiembre de ese mismo año le encontramos entre los miembros de la Comisión Visitadora de Farmacias, organismo que trataba de regular la actividad farmacéutica en Montevideo. Otamendi trabajó, también, como ayudante del Dr. Vilardebó, en 1836, y del cirujano Garviso, en 1840. Murió poco después, muy joven aún, en 1841, cuando más se esperaba de él.

¹⁰ GÁRATE ARRIOLA, J.: "Iparraguirre en América", véase Iparraguirre (edic. Euskaltzaindia). Bilbao, 1987, pág. 204.

Dentro de los médicos uruguayos de origen vasco, que tuvieron alguna relación con Cayetano Garviso, es necesario recordar a Francisco Olascoaga, que participó en algunas de las intervenciones quirúrgicas realizadas por el primero. En 1838 ayudó a Garviso en la operación de un aneurisma de la arteria iliaca externa.

LA FACULTAD DE MEDICINA DE MONTEVIDEO

Los estudios de medicina, aunque previstos en el reglamento universitario de 1849, no fueron establecidos hasta Diciembre de 1875, gracias al esfuerzo de Plácido Ellauri, catedrático de filosofía, que supo agrupar en torno a él a un grupo de médicos uruguayos, decididos a llevar adelante esta empresa. La Facultad comenzó a funcionar con las cátedras de Anatomía y Fisiología Humana, y en los años siguientes fueron creándose, sucesivamente, las demás, hasta completar el cuadro de los estudios médicos. Las primeras aulas estuvieron instaladas en el antiguo edificio que ocupó la Universidad, situado en la esquina de las calles Marciel y Sarandí, en la casa de la Iglesia de los Ejercicios, en unos locales separados de las otras facultades.

En el primer grupo de profesores de la nueva Facultad encontramos los nombres de José Arechavaleta, en Historia Natural Médica, Bernardo Etchepare en Anatomía, Gerardo Arrizabalaga en Patología Quirúrgica, y algo más tarde, Pedro Hormaeche, también en Anatomía.

José Arechavaleta y Balparda nació en Urioste, Santurce-Ortuella (Vizcaya), el 27 de Setiembre de 1838, según consta en el libro de bautizados del archivo parroquial de la iglesia de San Jorge, de Santurce, ya que en esa época no se había constituido Ortuella como ayuntamiento independiente, al cual pertenece en la actualidad el barrio de Urioste¹¹

Después de cursar estudios primarios en las escuelas públicas de Santurce y de practicar durante tres años en una farmacia de Portugalete, Arechavaleta emigró al Uruguay en 1856, poniéndose a trabajar en la farmacia Les Cazes, de Montevideo, cuyo propietario era miembro de una asociación de ideología masónica conocida como la Sociedad Filantrópica. En la tertulia de esta rebotica tuvo ocasión de conocer algunas de las personalidades más significativas de la sociedad montevideana de ese momento, entre ellas el Dr. Vilardebó, el naturalista Ernesto Gibert, los doctores Pedro Visca y Martín de Moussy, además de otras personalidades de la vida literaria y política del Uruguay, todo lo cual tendrá

¹¹ GOIKOETXEA MARKAIDA, A.: Un naturalista vasco en Uruguay (José Arechavaleta y Balparda). Bilbao, 1993. En el libro se recoge toda la trayectoria vital y científica, así como la singular personalidad de este hombre de ciencia.

una gran importancia en su formación y en su futura labor investigadora.

Para Arechavaleta fueron éstos unos años vividos con toda intensidad, en los cuales, a la vez que trabaja, saca tiempo para preparar el examen que ha de rendir ante la Junta de Higiene Pública con el fin de obtener el diploma de farmacéutico, según los requisitos de la legislación vigente, cosa que realiza en 1862, a la edad de veinticuatro años.

Arechavaleta, aunque llevaba poco tiempo en el Uruguay, era prácticamente el único que había hecho algunos intentos para impulsar el estudio de las ciencias biológicas en Montevideo. Desde 1860 venía realizando trabajos de campo y herborizaciones en compañía de Ernesto Gilbert y de otros amigos, recogiendo materiales botánicos y entomológicos, propios de esa región del Río de la Plata que serán, años más tarde, las bases de su Flora Uruguaya (1898-1911), Gramíneas Uruguayas (1898), Cactáceas del Uruguay (1905) y otros trabajos relacionados con el tema botánico.

En 1867 funda la Sociedad de Observaciones Microscópicas con la finalidad de fomentar y divulgar los estudios de micrografía, siendo por ello considerado el introductor e iniciador de esta disciplina en el país. Por otro lado, como hombre de talante liberal, forma parte, en 1868, del grupo fundador de la sociedad de Amigos de la Educación Popular, dirigida por José Pedro Varela y Elbio Fernández, entidad que en algunos aspectos nos recuerda a la Institución Libre de Enseñanza, en su afán por dar una orientación científica a la enseñanza, basada a su vez en una metodología fundada en el raciocinio y la reflexión, de significada influencia positivista y en el estudio de la psicología infantil, con menos cabo del papel de la memoria en la adquisición de nuevos conocimientos.

Los estudios secundarios en el Uruguay estaban constituidos por la llamada sección de estudios preparatorios, que daba acceso a la Universidad. Dichos estudios estaban regidos por la propia Universidad. Por designación del Consejo Universitario, en sesión celebrada el 31 de Marzo de 1874, Arechavaleta ocupa, previo concurso, la cátedra de Botánica. Cuatro años más tarde, el 16 de marzo de 1878 es propuesto para la cátedra de Zoología, pero no llegó a impartir clases de esta asignatura, pasando a desempeñar la cátedra de Historia Natural Médica de la Facultad de Medicina.

El profesor Arechavaleta, desde sus posiciones ideológicas positivistas, va a desempeñar en ella un papel que sobrepasa el ámbito de la propia Facultad de Medicina y alcanza todas las estructuras universitarias, participando en el cambio que experimenta la institución con la reforma de 1885, dando entrada a aires renovadores. Las ciencias y la experimentación toman carta de naturaleza, por primera vez, en la Universidad de Montevideo, hasta entonces caracterizada por el predominio

literario de los estudios en ella impartidos. Desde sus inicios, la Facultad de Medicina se caracteriza por el marcado tinte positivista que rige, tanto su estructura como la filosofía de sus programas docentes, hasta el punto de convertirse en el baluarte de estas doctrinas en la Universidad. El programa elaborado por Eduardo Acevedo en 1882, en el cual se revisan los fundamentos que definían la enseñanza tradicional universitaria hasta ese momento, señala el paso definitivo de una Universidad espiritualista y liberal "que se enfrenta al militarismo y el clericalismo y quiere estructurar un país distinto, apuntando a la quiebra de viejas estructuras mentales que achaca a la pervivencia del espíritu colonial"¹², hacia una Universidad invadida por el reformismo positivista que penetra en todos los órdenes de la vida universitaria, profesionalizándola, orientada hacia las reformas pedagógicas y preocupada únicamente por impulsar el progreso científico y el sentido de la disciplina docente.

La comisión encargada de estudiar el nuevo programa estuvo compuesta por Plácido Ellauri y Secundino Viñas, en representación de las tendencias espiritualistas, y José Arechavaleta y Eduardo Acevedo por el lado positivista, siendo, paradójicamente, el voto de un espiritualista, Ellauri, quien sin renunciar a sus principios, abrió generosamente el paso a las reformas.

Plácido Ellauri era nieto de Juan Andrés Ellauri y había nacido en Buenos Aires en 1815, cuando su padre cursaba estudios de Derecho en esa ciudad. Poseía un merecido prestigio como profesor de Filosofía después de treinta años de ejercicio docente. Ellauri venía trabajando por la implantación de una nueva Facultad de Medicina desde hacía tiempo y a hora, aunque el programa defendido por Arechavaleta y Acevedo estaba en muchos puntos en contradicción con su pensamiento, comprendió la necesidad del cambio de rumbo que necesitaban los estudios universitarios ante la evolución y el auge adquirido por las nuevas teorías biológicas y sociales, aunque personalmente nunca claudicó de su posición ecléctica ante problemas ideológicos. Como dijo uno de sus discípulos más aventajados, Ellauri "de acuerdo con la ley formulada por Cousin, sobre la sucesión de los sistemas filosóficos, creía llegado el reinado transitorio del positivismo, que después de algún tiempo tendría a su vez que ceder el puesto al espiritualismo que hasta entonces lo había ocupado sin discusión"¹³.

En el fondo de todo este profundo cambio de concepción del sistema universitario y de su filosofía docente, alentaba la labor callada de las

1 2 ODDONE, J. A. y PARÍS, M. B.: Historia de la Universidad de Montevideo. Montevideo, 1963, pág.10.

1 3 ARDAO, A.: Espiritualismo y positivismo en el Uruguay. México, 1950, pág.165.

reformas iniciadas una década antes por la Sociedad de Amigos de la Educación Popular. Alfredo Vázquez Acevedo, Rector de la Universidad en ese momento y alma del movimiento positivista universitario, pertenecía al grupo de fundadores que con Varela, Arechavaleta y otros pusieron en marcha, en 1868, la Educación Popular. Por otro lado, intelectuales relacionados con el Derecho, entre ellos Gonzalo Ramírez y Carlos María de Pena, amigos de Arechavaleta, se definen por las doctrinas positivistas.

La fe en el valor de la realidad de los hechos y en la investigación de los mismos como teoría del saber, por encima del conocimiento metafísico, como pregonaba la escuela positivista de Augusto Comte, será el dinamizador de la naciente Facultad de Medicina. La investigación pasa así a ser un elemento imprescindible de la clínica, siendo Arechavaleta, creador y director del primer laboratorio bacteriológico con que contó la Facultad de Medicina, la figura decisiva de su desarrollo. A su lado, compartiendo las mismas ideas, se encuentran el polaco Jurkowsky, catedrático de Anatomía, el Dr. Pedro Hormaeche, discípulo de Jurkowsky y profesor interino de Anatomía, el republicano Francisco Suñer Capdevilla, emigrado de España tras el levantamiento de Pavía, que regentaba la cátedra de Fisiología, D. Angel Floro Costa y el Dr. Bernardo Etchepare, positivista spenceriano. La lectura atenta del discurso inaugural de la clase de Anatomía, pronunciado por el Dr. Hormaeche en 1882, constituye un elemento indispensable para comprender hoy el tenso clima ideológico que se respiraba en la Universidad de Montevideo. El texto del trabajo traduce una ciega fe en las doctrinas positivistas como soporte del conocimiento médico, tratando de inculcar a "los alumnos este amor por la exactitud que me domina, esta tendencia a no admitir como verdadero más que lo que se ve, a no recibir nada de segunda mano, en definitiva el apego a la observación directa, al desdén por la metafísica y la desconfianza en los libros de texto que no hayan sido debidamente contrastados por las propias observaciones", declarándose partidario de la escuela fisiológica de Berlín, cuyo lema se concreta en el "ver y observar" de Claude Bernard ¹⁴

Pedro Hormaeche era sobrino de Arechavaleta y, al igual que éste, nació en Urioste. Al quedar huérfano, siendo todavía niño, marchó a Montevideo, donde fue acogido y criado por su tío. Siguiendo los pasos de su protector, Hormaeche simultaneó el trabajo en la farmacia con los estudios de medicina. Fue, también, uno de los miembros más activos de la colonia vasca y trabajó para que el Centro Vasco tuviese su propio

14 HORMAECHÉ, P.: "Fragmento del discurso inaugural de P. Hormaeche en la cátedra de Anatomía de la Facultad de Medicina". Anales del Ateneo del Uruguay. Montevideo, 1882, tomo 1, pág. 214.

edificio, llegando a ser presidente honorario de dicha Institución. El Dr. Hormaeche tomó parte, igualmente, en la creación del Hospital Asilo Español, y su nombre figura en casi todas las comisiones de beneficencia destinadas a mejorar la situación de sus paisanos menos favorecidos por la fortuna.

La figura física de Hormaeche no pasaba fácilmente desapercibida. Hombre de fuerte personalidad, sus dotes de conferenciante le llevaron a defender con vehemencia las doctrinas liberales, participando en las luchas entre espiritualistas, racionalistas y positivistas que caracterizan la vida intelectual de Montevideo en la segunda mitad del siglo XIX. Hormaeche publicó artículos en el periódico *La Ideal Liberal* y fue el alma del club *Francisco Bilbao*, que tenía como finalidad la difusión de las ideas liberales de este escritor chileno de origen vasco, muerto en Buenos Aires en 1865. Bilbao, durante su exilio en París, había conocido a *La mennais*, a *Quinet* y a *Michelet*. Vuelto a Chile, fundó la *Sociedad de la Igualdad*, que alcanzó a tener, según algunos, más de seis mil afiliados. Tuvo también contactos con la masonería argentina y chilena, y sus fuertes críticas a la doctrina tradicional católica le valieron ser excomulgado. En 1864, Bilbao publicó *El Evangelio Americano*, siendo calificado por sus partidarios de "apóstol de la libertad de América". Tanto Hormaeche como *Arechavaleta* militaron en el club *Francisco Bilbao*, de Montevideo. Según *Barrán*, este club fue un semillero de futuros socialistas.

Arechavaleta, con anterioridad a su incorporación a la Facultad de Medicina, ya había iniciado la tarea de revalorizar la enseñanza experimental, primero con la creación de la *Sociedad de Observaciones Microscópicas* y más tarde desde el puesto de profesor de botánica, en 1874, en la sección de estudios preparatorios de la Universidad, introduciendo así los esquemas positivistas en la enseñanza secundaria. El ver y el observar de *Claude Bernard* va a ser el método de enseñanza adoptado por el profesor *Arechavaleta* en sus clases de *Historia Natural*, tanto en los estudios preparatorios como en la Facultad de Medicina, conduciendo a los alumnos, unas veces a su laboratorio particular para ver, más que aprender en los libros, las complejidades de la biología, y otras a los grandes espacios del campo abierto, donde la zoología y el mundo vegetal se manifiestan con particular esplendor. Allí las doctrinas de sus maestros preferidos, *Pasteur*, *Haeckel*, *Darwin* y *Huxley*, cuyo pensamiento trató de dar a conocer con el fervor de un converso en las conferencias organizadas por el *Ateneo de Montevideo*, se hacen más evidentes, al contrastar y verificarse con la realidad de la naturaleza.

Simultáneamente a sus trabajos de microbiología y a la actividad de profesor de *Historia Natural* en la facultad de Medicina, no abandona

las investigaciones botánicas y su obra en este terreno comienza a trascender en los medios científicos europeos. En la monumental Flora Brasiliensis, dirigida por el naturalista alemán Von Martius, el nombre de Arechavaleta tiene varias referencias en relación con plantas estudiadas por él. Baker, botánico adscrito al Museo del Jardín Botánico de Kew, en Inglaterra, le dedicó y honró dando su apellido a un ejemplar del género Senecio, Senecio Arechavaleta.

Colabora, también, en el Album que con el título de Algas de Agua Dulce se publicaba en Estocolmo bajo la dirección del profesor Wittrock, de la Academia Real de Ciencias de Estocolmo, y de Nordstedt, catedrático de la Universidad de Lund (Suecia).

Durante los años de 1884 y 1885 publica en la Revista de la Sociedad Universitaria sus "Lecciones de botánica médica dadas en la Facultad de Medicina de Montevideo" y, casi simultáneamente, unas "Lecciones de Zoología" que aparecieron en Anales del Ateneo de Uruguay. Al margen del interés que tienen estas lecciones por su contenido, nos revelan la forma original que tenía de enseñar, llevándole al alumno el producto de sus propios trabajos y observaciones, con ejemplos tomados de la realidad circundante, que merecen ser examinados al estudiar su obra docente. Arechavaleta no era el clásico profesor repetidor de un texto ajeno ante sus alumnos sino que, por el contrario, sus lecciones estaban enriquecidas por datos y observaciones, resultado de sus trabajos de campo por los alrededores de Montevideo. A menudo resalta la importancia biológica de un género o especie, al margen de su posible interés médico, revelándonos al verdadero hombre de ciencia. Como hombre de laboratorio y de campo, Arechavaleta intentó hacer entrar en las frías aulas de la Facultad el espíritu de observación, sofocado muchas veces por el alambicado vocabulario empleado en las clases teóricas, utilizando para ello los modelos sencillos de la realidad cotidiana que le ofrecía la propia naturaleza del país.

Paralelamente a la actividad universitaria participa en la vida intelectual de Montevideo, centrada en las conferencias que organiza el Ateneo de la capital uruguaya a partir de 1881, y bajo la influencia de un grupo de socios fundadores entre los cuales se encontraban Arechavaleta y algunos médicos. A través de la revista Anales del Ateneo intenta dar a conocer temas relacionados con la biología y sus implicaciones en el campo de la sociología y la filosofía, en particular el evolucionismo darwinista y las teorías afines al mismo. El profesor Arechavaleta confiesa haber sido ganado por las teorías evolucionistas en un trabajo que publicó sobre Alfredo Giard en 1879: "Pensamos que trabajando por difundir los grandes principios introducidos por Lamarck y Darwin en las ciencias naturales, hacemos labor útil y provechosa para

el progreso de este país" ¹⁵. En este sentido son varias las conferencias que da en el Ateneo, llegando a realizar algunas experiencias en busca de las formas de vida más elementales o primitivas, en las aguas de Carrasco, zona de los alrededores de Montevideo, siguiendo los trabajos de Huxley y Haeckel sobre el célebre *Bathybius* de los grandes fondos marinos de Gascuña, para atisbar, como él dice, "el gran problema del origen mecánico de la vida" ¹⁶.

La intensa actividad docente desplegada durante estos años, tanto en la Facultad de Medicina como en las conferencias del Ateneo, y los artículos publicados, fue reconocida oficialmente en 1881, nombrándose miembro honorario de la Universidad de la República.

A partir de 1886 puso todo su afán en la creación de un laboratorio de Microbiología e Historia Patológica que sería, a su vez, la base del futuro instituto de Higiene Experimental, fundado en 1896, y el primero en su género que hubo en América del Sur. En Mayo de 1899, no hallándose bien de salud, pidió excedencia al Consejo Universitario. Ya no volvería a incorporarse al puesto. Pocos años más tarde, en 1905, se le nombró profesor "Ad honorem" de la Facultad de Medicina, siendo el primer ciudadano uruguayo que obtenía este galardón.

Al margen de su labor universitaria, Arechavaleta realizó trabajos en el campo de la higiene pública. En una conferencia dada en el Ateneo de Montevideo en 1882, señalaba la posible relación existente entre las epidemias de fiebre tifoidea y cólera con las aguas estancadas en terrenos próximos a la capital, siguiendo las teorías de Petenckoffer sobre el particular. En 1886 publica, en colaboración con el Dr. Pedro Hormaeche, el trabajo *Sobre el cólera, apuntes para el pueblo*, en el cual señalaba las medidas profilácticas para combatir la epidemia de cólera que acababa de desencadenarse en Buenos Aires y amenazaba a Montevideo. Poco más tarde, cuando los primeros brotes de la enfermedad se dan en la capital uruguaya, es encargado por la Comisión de Salubridad de la investigación química y bacteriológica de las aguas de abastecimiento de la ciudad, así como de realizar los estudios correspondientes sobre el tasajo -carne desecada- principal producto de exportación del Uruguay, al que se acusaba de ser el vehículo de transmisión de la epidemia de cólera, lo cual significaba la quiebra económica para el país.

Las experiencias las realizó en el laboratorio de la Facultad de Medicina de Montevideo, demostrando que, incluso en las condiciones más óptimas, el bacilo del cólera no sobrevivía en el tasajo. El informe

¹⁵ ARECHAVALETA, J.: Un capítulo sobre los principios generales de la biología de Alfredo Giard. Montevideo, 1879, pág VIII.

¹⁶ ARECHAVALETA, J.: 'Apuntes sobre algunos organismos inferiores', Anales del Ateneo de Uruguay. Montevideo, 1882, tomo1 , pág. 41.

que recoge el trabajo está fechado el 13 de Abril de 1887 y dirigido al Rector de la Universidad, Dr. Alfredo Vázquez Acevedo. Estas experiencias fueron confirmadas posteriormente por el propio profesor Arechavaleta en el Laboratorio de Fisiología Experimental, del Museo nacional de Río de Janeiro, el 25 de Octubre de 1887, ante representantes de los gobiernos de Argentina, Brasil y Uruguay, así como en el Laboratorio Virchow de Berlín y en el Instituto de Higiene de Wiesbaden, por los Drs. Salskowski y Hueppe, dada la trascendencia económica del problema para los países del estuario del Plata.

Al crearse el Laboratorio Municipal de Montevideo, en 1889, es nombrado director, encargándose de la organización del mismo, siguiendo el modelo del Laboratorio Municipal de París, que había tenido ocasión de conocer en uno de sus viajes por Europa. Sus preocupaciones higienistas se extienden a todos los ámbitos de la Sanidad. Ese mismo año organiza la Casa de Desinfección y crea el Conservatorio de la Vacuna. En Enero de 1890 propone un Reglamento de Inspección de Abastos y algunos meses más tarde da a conocer las nuevas Ordenanzas de inspección de alimentos e inicia una serie de investigaciones sobre varias epidemias, entre ellas la tuberculosis bovina y el carbunco, dos enfermedades que asolaban la ganadería uruguaya y comprometían la salud humana.

En 1892 renunció a su puesto de director del Laboratorio Municipal para incorporarse al Museo Nacional de Montevideo, cuya dirección ejerció por espacio de veinte años (1892-1912), hasta su muerte.

Sin embargo, la aportación más importante del profesor Arechavaleta son sus investigaciones sobre la vegetación del país, en particular su Flora Uruguaya (cuatro volúmenes) y las Cactáceas, además de otros trabajos sobre ciencias naturales, especialmente los estudios que dedicó a las gramíneas uruguayas, base de la riqueza agrícola y ganadera de ese país, publicados en la revista Anales del Museo Nacional de Montevideo, fundada y dirigida por él.

Arechavaleta mantuvo correspondencia botánica con los naturalistas Baker y Hesker del Real Jardín Botánico de Kew (Inglaterra), con Urban y Pilger del Museo de Berlín, con De Candolle y Chodat del Museo Botánico de Ginebra, con Rolando Bonaparte, sobrino del príncipe Luciano Bonaparte, bien conocido por sus trabajos lingüísticos, con el paleontólogo Ameghino y con otros muchos científicos de su tiempo, entre ellos el bacteriólogo Calmette, del Instituto Pasteur. Hoy el género botánico *Arechavaletia*, descubierto y descrito por él, y dedicado a él por el naturalista Spegazzini, nos recuerda su aportación a esta rama de las ciencias biológicas.

Por otro lado era necesario recordar su figura al celebrar el V Centenario del Descubrimiento de América, ya que fue precisamente el profesor Arechavaleta el vicepresidente de la delegación oficial que re

presentó al Uruguay, ahora hace un siglo, en los actos celebrados en Madrid en 1892 con ocasión del IV Centenario, siendo nombrado por el gobierno uruguayo miembro de la Comisión Nacional encargada de organizar los elementos de concurrencia a ese acontecimiento. A él se debe la recogida, estudio y catalogación de una gran parte de los materiales que la República del Uruguay presentó en la Exposición Histórica Americana de 1892, viajando para ello a España, donde tuvo a su cargo la instalación de la colección de algo más de mil quinientas piezas expone de lo que entonces representaba la joven República del Uruguay.

El conjunto de la producción escrita del profesor Arechavaleta se desarrolla de 1869 a 1912, en un período de algo más de cuarenta años, tiempo más que suficiente para que en la misma se observen, con toda nitidez, las fluctuaciones del pensamiento en cuanto a la vocación investigadora y afinidad por ciertos temas con respecto a otros, dominando en toda ella la seriedad con que está realizada. Gran parte de su obra tiene un carácter de primicia dentro de la historia de la ciencia en el Uruguay, si tenemos en cuenta la actividad investigadora y la escasa producción científica que se da en el país durante todo el siglo XIX. Exceptuando el anatomopatólogo José Verocay, nacido en Paysandú, pero que realizó toda su actividad en Viena, donde fue profesor y publicó su obra en alemán, Arechavaleta es el único investigador que en la segunda mitad del siglo XIX realiza una labor científica de cierta altura en el país, contribuyendo a la formación de este espíritu y actuando como factor eficiente de la cultura uruguaya.

Sin embargo hay un hecho que constantemente ha estado presente en nuestro ánimo durante la realización de este trabajo al que hemos dedicado un libro. Del estudio de la correspondencia y de sus notas de viaje se infiere que el profesor Arechavaleta no mantuvo contactos científicos con el mundo académico y universitario español. En su primer viaje a la Península, en 1888, visitó la Exposición de Barcelona y asistió a un congreso médico. Cuatro años más tarde, en 1892, participa de una forma decisiva en la Exposición Histórica Americana de Madrid, en calidad de miembro de la delegación oficial. Después de estas dos intervenciones se hace el silencio más absoluto, salvo la correspondencia particular que sostiene con D. Vicente Guillén Marco, director del Jardín Botánico de Valencia, y alguna carta aislada con el botánico Carlos Pau.

Este silencio llama más la atención en su caso, pues Arechavaleta mantuvo abundante correspondencia con naturalistas e instituciones científicas -Universidades, Museos y Jardines Botánicos- de muy diversos países, en particular de Alemania, Francia, Inglaterra y Suiza. Es de suponer, lógicamente, que también intentó contactos con instituciones científicas de la Península, ya que fue hombre con deseos de comunicarse, circunstancia que se acentúa en él, si tenemos en cuenta el

carácter de su formación autodidacta. Él mismo nos habla, en repetidas ocasiones, del aislamiento forzado en el que trabajó durante muchos años¹⁷.

Ese silencio a cualquier referencia a naturalistas e instituciones peninsulares observado a lo largo de toda su obra puede estar motivado por la falta de acogida que pudo tener, en un primer momento, por parte del estamento académico, donde los diplomas y los títulos, lo que coloquialmente llamamos "papeles", tanto han contado y cuentan todavía. Al fin y al cabo no era más que un naturalista, de formación autodidacta, y con estos antecedentes siempre ha sido difícil abrirse paso en los ambientes universitarios y en la sociedad española en general. Entretanto, prestigiosas instituciones de Francia, como el Museo de Historia Natural de París, la Academia Internacional de Geografía Botánica de Le Mans, la Sociedad Zoológica de Francia y la Sociedad de Ciencias Naturales y Matemáticas de Cherburgo le reciben como miembro de las mismas.

A pesar de todo creemos que aún es tiempo de romper silencios y reparar viejos olvidos, ahora que la Universidad del País Vasco posee en su seno Facultades de Medicina, Ciencias Biológicas y Farmacia, disciplinas cultivadas con especial dedicación por este vasco de proyección americana.

En el grupo de médicos de origen vasco que tienen alguna relación con la nueva Facultad de Medicina de Montevideo, debemos recordar también la figura de Joaquín de Salterain, nacido en Montevideo el 30 de Noviembre de 1856, hijo de un emigrante vasco, Patricio de Salterain. Según datos que aporta Fernández Saldaña, después de estudiar Medicina fue becado por el gobierno del presidente Máximo Santos para ampliar estudios en el extranjero a fin de incorporarse luego como profesor a la Universidad. Salterain se especializó en Oftalmología en París, con el profesor Galezowsky, especialidad que ejerció en Montevideo, alternando con la enseñanza de la misma en la Facultad.

El Dr. Salterain, amigo del Prof. Arechavaleta, al que acompañó en alguno de sus viajes por Europa, fue un hombre generoso, con iniciativas de tipo humanitario. A él se deben las primeras campañas contra la tuberculosis que tienen lugar en Uruguay, desempeñando la presidencia de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis. En la misma línea deben considerarse las campañas que organizó años más tarde contra el alcoholismo.

¹⁷ GOIKOETXEA MARCAIDA, A.: Epistolario botánico de José Arechavate y Balparda, Bilbao, 1994. El exámen de este epistolario, en el cual se recogen más de seiscientas cartas con instituciones científicas e investigaciones de diversos países, nos pone de manifiesto la inquietud del Prof. Arechavaleta por el amplio campo de las ciencias biológicas.

Al margen de los trabajos que publicó sobre temas propios de su especialidad, el Dr. Salterain colaboró en Periódicos como El Heraldo y El Siglo, de Montevideo, y tuvo algún protagonismo en la política de su país, desempeñando por breve tiempo el ministerio de Relaciones Exteriores. Uno de sus libros de carácter literario, Intimidades, publicado en París, fue prologado por José Enrique Rodó.